

EL PAISAJE ALCARREÑO EN SANTA TERESA

Huellas de sandalia mística

Muchos autores, con motivo del Centenario, han dado en decir que en las obras de la escritora abulense, como cumple a una mística e introspectiva, no hay una sola descripción de paisajes.

Esto a todas luces es incierto, ya que, repasando los escritos de Santa Teresa, se ve que es una mujer sensitiva, de fina y perspicaz observación. Al releer los libros de la Madre abulense, encontramos elementos visuales del paisaje alcarreño, si bien adulterados o transformados por el crisol interior de la santa. Digamos antes de seguir que en «Las revelaciones» y en «Las moradas» hay hilillos tornasolados, que diría Ortega, del paso de la sandalia andariega de esta monja correntona del siglo XVI.

Ella apenas da nombres ni fechas, porque eso para Dios carece de interés. No apunta más que lo indispensable en su tarea de ir de acá para allá fundando conventos, como los carmelitanos de Pastrana.

Un espejo de gracia como fue esta fémina extraordinaria del linaje Cepeda, aún en su existencia afanosa de caminos ascéticos, tenía que reflejar sin darse cuenta detalles de los paisajes y tipos humanos con los que se cruzara. Alma de artista sin ella pretenderlo, sus dotes de aguda mirada están patentes, como su inquietud insoslayable, en «El libro de la vida», en sus «Confesiones», y los demás libros ya mencionados.

Huellas de este recorrer lugares y vericuetos, de tratar con personas tan diferentes, hay en la Reformadora del Carmelo en tierras y senderos alcarreños de nuestra Guadalajara, desde el río Arlés a Budia, aunque ella

no era turista de panoramas, sino peregrina de eternidades. Ya lo dice en forma de maternal consejo:

«Caminemos para el Cielo,
monjas hijas del Carmelo».

Sin embargo, la vida de nuestros colmenares, cera y miel en sus panales, luz espiritual y alimento necesario, con su organización y laboriosidad ejemplares, el alado zumbido de las abejas le recuerdan los rezos, la disciplina siempre presentes en los escritos de la Doctora de la Iglesia por excelencia.

Quiere esto decir, que el espectáculo de la naturaleza alcarreña en las descripciones teresianas es sobrio, pero real y sugerente. Son a veces fragmentos, pinceladas, trozos diseminados que se resisten a formar un terrenal conjunto. Esta visión inconcreta y sugeridora, no carece de emoción estética y de encuadre adecuado de la época alcarreña de la autora.

Descripciones formales y enteras del paisaje nuestro no las hallamos en ningún texto de la Santa de la Raza. Pero en cambio, qué agudo sentido humano y qué frescura de observación se advierte en las metáforas al aludir a los elementos de la naturaleza: hombres, bestias y geografía.

Un lector vulgar, superficial, quizá eche de menos la presencia detallada, minuciosa, de seres y panoramas: el mero amontonamiento de cosas idea del bosque.

Santa Teresa tenía una más aguda visión y por ello sus paisajes sugeridos son más auténticos que reales. Le sobraban talento y sensibilidad para una labor literaria elemental, descriptiva, puramente plástica o pictórica, de ir aproximando elementos dispersos hasta formar con ellos un cuadro realista. Su pluma muestra finos sentidos del detalle, pero ignora la visión conjuntiva.

Lo mismo en las «Cartas» que en las «Fundaciones» o «Las moradas», no digamos en el «Castillo interior», Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada no describe lo exterior de las cosas como los poetas líricos, sino que capta sus interioridades con hondura ascética y penetración mística.

Sin duda le parecería banal pintar la superficie de elementos y cosas, pintura tan grata a Fray Luis de León, prefiriendo adivinar su interior, quizá porque sabía que Dios estaba en el meollo como entre las ollas y los pucheros, como en las colmenas que a ella le recordaban los conventos con flores virginales y libaciones de amor, como las del romero, el espliego y el tilo.

Su mirada es candorosa, pero nada pueril, deteniéndose con gracia franciscana en lo popular y periférico sin nombres, porque a ello le empujaba un místico sentimiento panteísta del campo, de los colmenares, de los ríos, de las almas más que de los huertos, creado y perfilado por la mano de un ente celestial.

Teresa era, como su amigo San Juan de la Cruz, compañero de inquietudes y ensoñaciones espirituales por los sendajos de Pastrana, «la música callada, la soledad sonora, sin ruido de palabras». Alguna vez se oye *el silvo suave del Amado o el grito del Alma sorprendida por transportes que recrean y enamoran*.

Es indudable que Santa Teresa aprovechó en sus escritos elementos dispersores de los paisajes alcarreños que contempló en sus andanzas de fundadora. Su sandalia andariega recorrió una y otra vez los caminos alcarreños que iban desde la Villanueva de la Jara conquense a la Pastrana ducal de los Príncipes de Eboí. En tales ajetreos de ir y venir a pie, a lomo de mula mansa o de carreta por las trochas de Castilla la Nueva, contemplaría los grises olivares alcarreños, sus colinas con albergues pecuarios, arroyos con opacidades de plata vieja, huertas con tablares de hortalizas, molinos, de hidrópicas álabes y allá en lo alto, en torno a los desmochados torreones de un castillo, un vuelo de vencejos bajo la comba azul del cielo.

Todo eso que aparece implícito, fragmentado y sugerido al difumino, entre la atmósfera hialina y la prosa mística de la autora. Claro que todo va encaminado a la celeste complacencia del Amado, presente en toda obra natural, en todas las dimensiones y elementos del paisaje, como esas abejas zumbadoras de la Alcarria que «vuelan laboriosamente buscando las flores de las obras divinas donde libar el dulce néctar de Dios y librar el panal de los merecimientos propios».

Por aquí y por allá asoman en la obra teresiana los alegres alcores alcarreños, los senderos polvorientos de varios lugares de la provincia de Guadalajara. Obra carmelitana, más o menos fugaz, que se expandió desde Pastrana por el desierto de Bolarque, el Colegio de las Vírgenes de Guadalajara, Cogolludo, Budia, Alhóndiga (Teresa nombra el riachuelo Arlés, que pasa por esta población, prueba de que lo vio de cerca), Almonacid de Zorita (cuyo convento cisterciense-seráfico no llegaron a ocupar las carmelitas) y Molina de Aragón, donde hubo dos conventos, uno de frailes y otro de monjas. Tal es el resumen de las fundaciones carmelitanas en nuestra provincia.

Las huellas alcarreñas en los libros de la Doctora abulense, como hemos repetido, van idealizadas por la emoción interior de la santa, con expresiones como «la flor divina», «el hortelano celestial», «el colmenero místico», «las fuentes del agua que vivifica», «el romero y la abeja que perfuman y remansan la conciencia».

Todo lo aniña graciosamente en su reseña candorosa, expresándose en diminutivos sobre animales y cosas de nuestras Alcarrias. Repetimos que en la primera parte de «Las Moradas» salen a relucir las abejas de nuestros colmenares (II-8), «labrando siempre en la colmena la miel y no dejan de salir a volar para traer flores».

También las palomas de Pastrana, que anidan en los aleros del palacio ducal o en las troneras del Convento de la Descalcez, vuelan por las páginas de la Escritora famosa, porque «no se contentan con el cebo que les da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer —espiritualmente— por otras partes».

El paisaje terrestre, las vivencias de aves e insectos, y el elemento humano del país guadalajareño están sin duda presentes, para el que sepa adivinarlos, en las obras de la gran intelectual del siglo XVI. Todo el orbe cristiano conmemora el 4 de octubre de 1982 los cuatrocientos años de su muerte en Alba de Tormes.

José SANZ Y DIAZ